

volverse á esta isla, escogiendo por menor mal lo que aquí les sucediese, que el que allí, quedando, tenían por cierto que padecerían. Embarcóse, pues, Hojeda con el Bernardino de Talavera y con los demás en aquel hurtado navío, y no pudiendo tomar esta isla, fueron á dar á la de Cuba, y creo que á la provincia y puerto de Xaguá, de que arriba en el cap. 41, algunas cosas dijimos, donde aún no habían pasado á poblar españoles; en la cual, saltando en tierra y desmamparando el navío, diéronse á andar por la isla, camino del Oriente, para se acercar más á ésta.

Acaeció que ó en el navío, por el camino, ó ántes que se embarcasen, ó despues de salidos á tierra en Cuba, ó sobre quién había de capitanear, ó por otras causas, que yo no curé de saber cuando pudieran saberlas, revolviéronse Hojeda y Bernardino de Talavera, ó quizá que venían en el navío alguno de los súbditos del mismo Hojeda, por vengarse de algunos agravios que estimasen haber dél rescibido; finalmente, hechos todos á una con el Talavera, prendieron al Hojeda, y preso lo llevaban cuando iban por Cuba, camino, salvo que iba suelto porque tuvieron muchas bregas y recuentros con los indios, y valía más Hojeda en la guerra que la mitad de todos ellos; y como era tan valeroso en fuerzas y ligereza y esfuerzo, trayéndolo preso los deshonoraba á todos, y los desafiaba, diciendo: "bellacos traidores, apartaos ahí, de dos en dos, y me mataré con todos vosotros!" Pero ninguno había que le osase hablar ni llegarse á él; y porque como muchos indios, de los vecinos de aquella isla de Cuba, eran naturales desta isla, y se habían huido della por la destrucción y muerte que los españoles hacían y causaban á las gentes de ésta, y cognoscían bien sus obras por experiencia, ítem, las matanzas y despoblaciones que hacían en las gentes inocentes de las islas de los Lucayos, cuando los vieron tantos juntos, creyendo y temiendo que venían á les hacer otro tanto, salíanles al camino á resistillos que no entrasen en sus pueblos, y, si pudieran, también matallos, aunque eran tan pocas y tan débiles sus armas, que no tenían sino unos simples arcos, y ellos gente pacífica y no osada á reñir con nadie, que todos juntos aunque eran muchos les pudieran hacer como les hicieron poco daño; pero porque los españoles venían flacos, y con gran trabajo, por no pelear con los indios huían de los pueblos, llegándose siempre á la costa

de la mar, y habiendo andado más de 100 leguas, hallaron junto á la mar una ciénaga que les llegaba á la rodilla y poco más, y pensando que presto se acababa, proseguían su camino adelante; andados dos ó tres días, íbase ahondando la ciénaga, y, esperando que no podría durar mucho más y por no tornar á andar lo que quedaba atrás, como había sido muy trabajoso, todavía andaban más, la ciénaga crecía más, así en la hondura como en alejarse.

Desta manera anduvieron ocho y diez días por ella, con esperanza de que se acabaría, y con temor de andar lo que dejaban atrás andado, habiendo padecido incomparable trabajo de sed y hambre, siempre á la cinta el lodó y el agua, noches y días, y para dormir subíanse sobre las raíces de los árboles mangles y allí dormían algún sueño, harto inquieto, triste y amargo. La comida era el cazabí y algun bocado de queso, si alguno lo alcanzó y axí, que es la pimienta de los indios, y algunas raíces de ajos ó batatas, como zanahorias ó turmas de tierra, crudas, que era lo que cada uno llevaba sobre sus cuestras en su mochila ó talega, y bebían del agua salobre ó salada. Anduvieron más adelante, con la dicha esperanza dél que se acabaría camino tan mortal, y tanto más la ciénaga se les ahondaba cuanto se dilataba más. Llegaban muchas veces á lugares, por ella, en los cuales les llegaba el cieno y agua hedionda á los sobacos, y otras que les subía sobre las cabezas; y otras más alto, donde se ahogaban los que no sabían nadar. Mojábaseles la comida como las talegas andaban nadando, y el cazabí, mojado, es luego perdido, que de ningún provecho puede ayudar, como lo podían ser obleas en un charco echadas. Traía Hojeda en su talega, con la comidilla, una imagen de Nuestra Señora, muy devota, y maravillosamente pintada, de Flandes, que el obispo D. Juan de Fonseca, como lo quería mucho, le había donado, con la cual Hojeda tenía gran devoción, porque siempre fué devoto servidor de la Madre de Dios; en hallando que hallaba algunas raíces de los dichos árboles mangles, que suelen estar sobre el agua levantadas, parábase sobre ellas un rato á descansar, los que por allí se hallaban, porque no todos venían juntos, sino unos que no tenían tantas fuerzas ni tanto ánimo, quedábanse atrás, y otros desmamparados, y otros más adelante; sacaba Hojeda su imagen de su talega y poníala en el árbol, y allí la adoraba y

exhortaba á que los demás la adorasen, suplicando á Nuestra Señora los quisiese remediar; y ésto hacia cada día y muchas veces cada y cuando hallaba oportunidad. Y porque les era imposible tornar atrás, por no reandar lo que con tantas angustias y daños habían andado, ya no pensaban en volver hácia atrás, sino en morir todos allí ahogados, ó de hambre y sed, como ya muchos muertos quedaban, con sola la esperanza de que la ciénaga se había de acabar. Duróles la ciénaga 30 leguas, y anduvieron por ella treinta días con los trabajos y miseria que dichos se están; murieron de hambre, y sed y ahogados, creo que de todos ellos, que eran 70, la mitad.

Cierto, que, aunque los trabajos que en estas Indias los españoles han querido pasar, por buscar riquezas, han sido los más duros y ásperos que hombres en el mundo nunca pasaron, éstos que aquí Hojeda y los que con él venían padecieron, fueron de los más grandes. Plugo á Dios que llegaron algunos, los más recios y ligeros, y que más pudieron sufrir calamidad tan grande, hasta al cabo, y hallaron un camino seguido, por el cual se dieron á andar, y á obra de una legua llegaron á un pueblo de indios llamado Cueyba, la y letra luenga, y llegados, cayeron como muertos de flacos. Los indios de vellos quedaron espantados; dijéronles cómo atrás quedaban los demás en aquel doloroso trabajo, ó por señas, ó porque allí venían algunos que de la lengua desta isla, que con la de aquella era toda una, sabían algunos vocablos. Hallaron tanta piedad y compasivo acogimiento en los indios, que no lo hallaran alguno dellos mejor en casa de sus padres; á los que allí llegaron diéronles luego de comer de todo lo que tenían, que no era en poca abundancia, porque la isla de Cuba en gran manera era de mantenimientos abundante; como, placiendo á Dios, se dirá. Laváronlos, limpiáronlos, recreáronlos. El señor del pueblo envió luego mucha gente, con comida para los otros que en la miseria y tristeza quedaban, mandándoles que los ayudasen á salir, y los recreasen y alegrasen, y los que no pudiesen venir los trujesen á cuestras, y entrasen por la ciénaga y buscasen los que faltaban. Hiciéronlo los indios tan bien y mejor que les fué mandado, porque cuando no son exacerbados y maltratados de nosotros ántes, siempre así lo hacen. Traídos y llegados todos los que escaparon, fueron allí servidos muchos días, man-

tenidos, recreados y consolados, como si los indios estimaran que fueran ángeles, y es cierto, que si 1,000 ó 10,000 fueran los españoles, si los indios quisieran matallos, según venían, uno ni ninguno dellos no quedara; y porque Hojeda, con la devoción que á Nuestra Señora tenía, se había mucho á su misericordia encomendado, y hecho voto que saliendo salvo al primer pueblo, dejaría en él su imagen, dióla al señor del pueblo, é hízole hacer una ermita ó oratorio con su altar, donde la puso, dando alguna noticia de las cosas de Dios á los indios, según que él pudo hablarles, diciéndoles que aquella imagen significaba á la Madre de Dios, que estaba en el cielo, Dios y Señor del mundo, llamada Sancta María, de los hombres muy abogada. Fué admirable la devoción y reverencia que á la imagen tuvieron desde adelante, y cuán ornada tenía la iglesia de paños hechos de algodón, cuán barrida y regada; hiciéronle coplas en su lengua, que en sus bailes y regocijos que llaman areítos, la i letra luenga, cantaban, y al son de las voces bailaban. Yo llegué, algunos días despues de este desastre de Hojeda y su compañía, y vide la imagen puesta en el altar, y la iglesia ó oratorio, de la manera dicha, compuesta y adornada. Y cuando habláremos, si á Dios pluguiere, de las cosas de aquella isla, en el libro III, contaré otras cosas cerca de la devoción que los indios tenían con esta imagen, no dignas de ser calladas.

#### CAPITULO LXI.

\* Llegan Hojeda y sus compañeros á la provincia de Macaca.—Determinan pedir auxilio á los españoles de Jamaica, á cuyo fin salió Pedro de Ordás.—Manda Esquivel una carabela á recoger á Hojeda y á los demás, yendo por capitán Pánfilo de Narvaez.—Pasan á Jamaica en donde Esquivel les hace muy buen recibimiento.—Vase Hojeda á la Española.—Manda el Almirante por Bernardino de Talavera y los otros que con él habían quedado en Jamaica.—Del desgraciado fin que tuvo Talavera.—Muere Alonso de Hojeda en Santo Domingo.

Estuvieron en aquel pueblo los españoles todo lo que les plugo y quisieron estar, sirviéndoles los indios como si fueran padres y hermanos; y, despues de sanos y hartos y recreados, dadas las gracias al Se-

ñor y á los demas, y con muchos indios cargados de comida y de sus hatillos, que el Cacique ó señor les dió, que los guiasen y acompañasen hasta ponellos en otros pueblos pasado un despoblado que por allí hay por ser tierra muy baja, que creíamos, los que despues por allí pasamos que otro tiempo debía ser aquello mar, finalmente, llegaron á la provincia y pueblo llamado Macáca, la media sílaba luenga; allí los rescibieron muy bien los indios, y hospedaron, como los indios universalmente lo suelen hacer donde no han sido primero agraviados. Los españoles, como se vian aislados, y no remedio para salir de aquella para esta isla, y redujesen á la memoria estar españoles en la de Jamáica, la cual distaba de donde habian llegado obra de 20 leguas, trataron entre sí de quién se atreveria á pasar en una canoa ó barquillo de indios, á dar nuevas en Jamáica dellos, y del estado en que estaban y habian venido. Ofrecióse luego un Pedro de Ordás, diciendo que él iria, (no me acuerdo si fué solo él ó le acompañó alguno de los otros), rogaron al Cacique ó señor del pueblo que les diese una canoa esquivada ó proveida de indios, para que pasasen á Jamáica; hizolo de muy buena voluntad, y proveyóles de comida con todo lo necesario, cuanto fué posible. Partieronse y llegaron á la isla, y dieron noticia á Juan de Esquivel, Teniente, que el Almirante habia enviado allí, pocos dias habia, como en el capítulo 52 dijimos, el cual proveyó luego de una carabela que allí tenia proveida de lo que habian menester, para que trujesen á Hojeda y á todos los demas; y en ella envió á Pánfilo de Narvaez por Capitan, de quien abajo hay bien que decir é de su desastrado fin.

Llegada la carabela al puerto de Macáca, como la vieron fué grande el alegría que todos rescibieron, y Hojeda pidió al Cacique una canoa para que le llevase á la carabela, y así como Pánfilo de Narvaez le vido, díjole con mucha gracia: "Señor Hojeda, lléguese vuestra merced por esta parte, tomalle hemos." Respondió Hojeda: "Señor, mi remo no rema," dando á entender los desacatos y agravios que de Bernardino de Talavera y de los otros habia rescibido. Rescibido en el navío, Pánfilo de Narvaez, que era hombre honrado y de bien, y cognoscía bien á Hojeda, y lo que segun la estimacion de los hombres merecía, le hizo grande acatamiento, y trató como la persona que era; despues rescibió en el navío á todos los otros, y llevó.

los á la isla de Jamáica. Juan de Esquivel, como era caballero y se habia visto próspero, y despues muy caido, porque habia seguido muchos años los vaivenes de la fortuna, como nos contó algunas veces á ciertas personas que estábamos en esta isla con él juntos, no curando de acordarse de las palabras de amenazas que Hojeda le dijo en esta ciudad, al tiempo que se partia para esta su desdichada empresa, que le cortaria la cabeza si á Jamáica iba, le hizo grande acogimiento y hospedaje benigno, y mostró dulce y graciosa y familiar conversacion, aposentándole en su casa y haciéndole servir como á su persona misma. Pasados algunos dias, que descansó de tan trabajosa vida como desde que salió desta isla Hojeda habia tenido, pasóse á ésta, quedando Juan de Esquivel y él muy grandes amigos.

Quedáronse allí todos los mas de aquellos que con Hojeda venian, no osando pasarse á esta isla por miedo de la justicia, por el hurto de la nao y por las afrentas que dellos habia Hojeda rescibido; pero sabido por la justicia del Almirante, quedar en Jamáica, envióse por ellos en especial por el Bernardino de Talavera. Trujéronlo preso, y creo que á otros con él, que debian ser los culpados ó más culpados, y convencidos por su ordinario juicio, sentenciaron á ahorcar á Bernardino de Talavera, y ejecutóse la sentencia en él, y creo que tambien ahorcaron ó afrontaron á otros con él, si no me he olvidado, por el mismo delito; por lo que á Hojeda hicieron no creo que hubo castigo, porque no era hombre Hojeda que los acusaria.

Estuvo Hojeda en esta ciudad despues desto muchos dias, y creo que fué más de un año, y yo lo vide; algunos, que debian ser de los que con él mal estaban, y quizá de los que con él habian deste viaje venido, lo aguardaron para lo matar una noche que venia de pasar tiempo en coaversacion buena con amigos, pero aína les hobera pesado de haberle acometido, porque creo que los corrió por una calle adelante á cuchilladas, segun que siempre hacer solia en semejantes refriegas. Al cabo, cuando plugo á Dios, no mucho despues de lo dicho, que fuesen cumplidos sus dias, murió en esta ciudad de su enfermedad, paupérrimo, sin dejar un cuarto, segun creo, de cuanto habia rescatado y robado, para su entierro, de perlas y oro á los indios, y dellos hechos esclavos muchas veces que á tierra

## CAPITULO LXII.

firme habia venido; mandó que lo enterrasen á la entrada, pasando el lumbral, luego allí, de la pueita de la iglesia y monasterio de Sant Francisco; y así no acertaron los que dijeron que el Almirante queriendo prenderlo, se habia retraido á Sant Francisco, y allí habia muerto de la herida que en Urabá, rescibido habia, porque, como dije, yo lo vide suelto, y libre y sano, pasear por esta ciudad, y despues, yo salido de aquí, oí ser fallecido.

Este fué el fin de Alonso de Hojeda, que tantos escándalos y daños en esta isla (como en el primer libro queda dicho), hizo á indios; este fué el primero que hizo la primera injusticia en esta isla, usando de jurisdiccion que no tenia, cortando las orejas á un señor Rey y Cacique, que con mayor y más cierto derecho, jurisdiccion y justicia propia, por el derecho natural concedido, pudiera á él y los que con él iban, y al mismo Almirante que los envió (como á injustos y violentos tiranos, invasores de los reinos y tierras, y señoríos ajenos), justiciar y hacer pedazos. Hojeda fué tambien el que por maña y cautela, ó por manera ilícita, prendió y trujo á la Isabela preso al rey Caonabo, que se ahogó estando en cadenas en cierto navío, para llevar á Castilla, contra toda justicia y razon. Este fué asimismo el que infestó á tierra firme, y á otros destas islas, que nunca le ofendieron, y llevó dellas muchos indios á vender por esclavos á Castilla, como queda en el primer libro dicho. Y finalmente, lo que agora en su postrero viaje por la provincia de Cartagena y el golfo de Urabá hizo, y fué causa que Niñuesa hiciese, con otros muchos insultos, que, si yo cayera en los tiempos pasados en ello, pudiera dél mismo sabellos, y de otras muchas personas que con él anduvieran, para referirlos; y porque no cometió ménos que otros (al ménos que los de aquellos primeros tiempos, porque de los que despues sucedieron otros le excedieron ciento por uno), pudiera y debiera padecer otro más desastrado fin, pero yo lo atribuyo que por honra de la Madre de Dios, de quien se afirmaba ser muy devoto, quiso dispensar con él la divina justicia en que muriese en su paz, y en su cama, quito de barahundas, para que tuviese tiempo de llorar sus pecados, en esta ciudad de Sancto Domingo. Y plega ó haya placido á Dios de haberle dado cognoscimiento, ántes de la muerte, de haber sido pecados los males que hizo á indios.

\* De lo que sucedió á los que quedaron en la fortaleza de Urabá.—Determinan embarcarse.—Naufraga uno de los bergantines ahogándose todos los que en él iban.—Dirigese Pizarro con el otro bergantin al puerto de Cartagena.—Encuentra la flota que el bachiller Anciso conducia.—Quién era Vasco Nuñez de Balboa y de cómo se escapó en el navío de Anciso.—Resuelve Anciso volver á Urabá.—De los buenos términos en que estuvieron con los indios durante su permanencia en Cartagena.

Tornemos á tractar de los que quedaron en la fortaleza de Urabá, los cuales, despues de partido Alonso de Hojeda, padeciendo extremas angustias y hambres, esperaron todavía los cincuenta dias que de término les habia dejado, y viendo que ni venia ni enviaba, determinaron deshacer y dejar el pueblo, y en los bergantines, para esta isla, embarcarse; y haciéndolo cuenta de los que podrian caber en ellos, vieron que para llevar á todos, que debian de ser hasta 60, no eran capaces; por lo cual no hallaron otro remedio, sino esperar que la hambre y enfermedades, y tambien los indios con sus flechas, los menoscabasen hasta quedar tantos cuántos los bergantines pudiesen llevar. No pasaron muchos dias que la hambre y las angustias, y los indios peleando contra ellos, porque iban á sus pueblos á tomalles la comida, de tal manera los apocaron, que pudieron bien caber y tener lugar en los bergantines, y que les sobrase. Habian dejado cuatro yeguas vivas, para su defensa, porque con ellas los indios se asombraban, éstas hicieron tasajos y echaron en sal, y método lo que mas pudieron meter, entraron en los dos bergantines, yendo por Capitan del uno, Francisco Pizarro, y del otro, un Valenzuela. Hiciéronse á la vela, sei meses despues que allí habian entrado; salidos del golfo de Urabá, y siendo, cerca de la isla Fuerte, obra de 20 leguas, salidos á la mar, dió un golpe de mar al bergantin de Valenzuela, que lo metió con todos los que llevaba debajo del agua, donde, á vista de Pizarro y de los que con él iban y oyendo los gritos dellos, todos se ahogaron; dijeron los del otro bergantin, que vieron una ballena ó otro pece muy grande, que con la cola les hizo pedazos el timon ó gubernario. Pizarro fué con su bergantin á entrar y escaparse en el puerto de Cartage-

na, y él que entraba vido venir un navío y un bergantín; esperóle, y era el bachiller Anciso, el cual lo traía cargado de bastimentos, y 150 hombres y doce yeguas, y algunos caballos, y puercas con sus berracos para criar. Traía también muchos tiros de pólvora, y lanzas, y espadas y otras armas, y trujera más de la gente que había en esta isla, muy adebdada, porque concertó con muchos que se saliesen á la costa de la mar del Sur, en los puertos que había hasta el cabo de la isla, y que él iría con su navío y bergantín por ellos, y los iría tomando cuantos hallase; pero, sabido por el Almirante, mandó que fuese una nao armada con él, hasta dejallo pasado desta isla, porque los acreedores se lo requirieron.

Con toda la diligencia que se puso, no dejó Vasco Nuñez de Balboa venir en el navío, metido en una pipa vacía; díjose que contra voluntad y sin saberlo Anciso. Este Vasco Nuñez era uno de los que muchas deudas debía, vecino del postrero pueblo desta isla, al Occidente, llamado Salvatierra de la Zabana, donde tenia indios de reparto natural de Badajoz. Era emancebo de hasta treinta y cinco ó pocos años, bien alto y dispuesto de cuerpo, y buenos miembros y fuerzas, y gentil gesto de hombre muy entendido, y para sufrir mucho trabajo; éste había venido á la tierra firme, cuando vino á descubrir á rescatar Bastidas, de quien arriba hicimos mención. Salidos á la mar, salió él de su pipa, y dijeron que desde lo vido Anciso se movió á mucha ira contra él, certificándole que lo había de hacer echar en una isla despoblada, pues merecía muerte por las leyes; pero, dello por se humillar, oy dello porque otros á Anciso rogaron, se aplacó Anciso, y así Vasco Nuñez se quedó porque tenia Dios determinado de hacer otra cosa del, por su mal.

Así que, llegando Anciso al bergantín, ay cognoscido que era de la gente de Hojedá, creyó que se venían sin licencia y ahuyendo se absentaban, y como era Alcalde mayor por el Hojedá, como se dijo atrás, quiso luego prendellos y castigallos, no creyendo ni creyendo que Hojedá fuese salido de allí, ni de lo que más de sus infortunios alegaban. Pero referidos en particular los trabajos, hambres y muertes que habían pasado, y mostrada la provision, que Hojedá de Capitan, dejó á Francisco Pizarro, comenzó á creer Anciso lo que le aparecía no poder haber pasado. Sintiendo

y mostrando de lo acaecido gran dolor, dijoles, que ya que aquello era pasado, que por la postura y contrato que él con Hojedá había puesto, era todavía obligado á llegar hasta Urabá, y allí esperalle y entre tanto hacer lo que pudiese de su parte; ellos, como de tan desesperada vida y peligros se habían escapado, tornarse á ellos como de la misma muerte reusaban, rogándole que por ninguna vía se lo mandase, y que él no lo debía hacer, porque como ellos no se viese y desease, y que si no quisiese que á esta isla se tornasen, que se fuese á la gobernacion de Veragua, donde Nicuesa estaba. Finalmente, dello por ruegos y persuasiones, y poniéndoles delante cebo para movellos, que saltarian en tierra y harian esclavos para traer ó enviar á esta isla, dello mostrando imperio como Justicia mayor, hobo de hacer que á Urabá tornasen, pero antes que de Cartagena partiesen, tuvo necesidad el navío de Anciso de tomar agua y adobar la barca del navío, que se le había quebrado. Para esto echó cierta gente en tierra con los oficiales, y, estando adobando la barca, vinieron muchas gentes de los indios (como estaban hostigados de los estragos que habían hecho en aquella provincia Hojedá y Nicuesa), con sus arcos y flechas, y cercáronlos, y ni los indios les acometieron, ni tampoco á los indios los cristianos, y así los tuvieron tres días cercados. En todos tres días cada gente estaba sobre aviso, velándose y aparejada para si la otra intentaba algo, puestos los ojos en la otra, sin descuidarse.

Estando en esta disposicion ambas, salieron dos españoles dentre los otros á henchir y traer del río, que allí estaba junto, una botija de agua, á los cuales, como viesen los indios moverse, arremetieron muy de presto 10 indios, con uno que parecia ser su Capitan, y cercan los dos españoles y apuntan en ellos las flechas con ojos airados, amagándoles como que los querian tirar, pero no desarmaban los arcos. Visto esto, el uno de los dos da de huir donde los muchos estaban adobando la barca, quedando el otro sin temor, y con palabras de afrenta llamándolo. Tornó el otro, y dícele que hablase á los indios en su lenguaje, porque había ya, de los indios que por allí habían captivado y robado, aprendido algunos vocablos de su habla. Comenzóles á hablar, y como los indios oyeron palabras de su lengua, espantados comienzan á blaudear y segararse, y preguntáronle que quien eran sus Capitanes, y qué querian ó bus-

caban. Respondió el español, que eran gente que venian de otras tierras sin hacer mal á nadie, y que se maravillaban que ellos los perturbasen, saltando en aquella costa con necesidad, y mirasen lo que hacian, porque venian dellos mucha gente armada y los harian mucho daño. Avisado Anciso que los indios tenían presos ó no dejaban venir los dos cristianos, salió del navío con mucha gente armada, con harto miedo de las flechas venenadas, su poco á poco yendo para ellos; el que los entendía hizo señal que no acometiesen nada, porque los indios no querian sino paz, porque creian que eran Hojedá y Nicuesa, que sin culpa suya les habían hecho tan grandes daños, matándolos, y quemándolos, y llevando tantos captivos como les habían llevado, en los cuales venian á vengarse, pero, pues no eran dellos ni les habían hecho agravio, que á los que no les dañaban no era su intencion dañales, porque hacer el contrario era malo. Y para señal dello derjaron los arcos y las flechas, y van de presto y traenles pan de su maíz y pescado sacado, y vino de sus brebajes, y así quedaron pacíficos y en amistad de los cristianos.

Este caso refiere también Pedro Mártir, en su segunda Década, cap. 19 la cual escribió al Papa León X. Buena señal es ésta de que aquellas gentes de Cartagena, que ante los Reyes habían sido de bravas, y que hacian, sin causa, mal á los cristianos, infamadas, como en el cap. 19 contamos, que si no se les hobieran hecho daños, poco había que trabajar para, por amor y obras cristianas, y de hombres de razon, ganallas; pues habiendo tan pocos dias que rescibidos de Hojedá y Nicuesa tan irreparables males y estragos; y aún teniendo justísima guerra por ellos contra todo español, tuvieron tanto sufrimiento y moderacion á no acometer á estos luego, saltando en su tierra sin su licencia, hasta ver si eran de los que les habían tan injustamente maltratado, ó si de nuevo los venian á infestar como los pasados. Y estas particularidades fuera bien que los del Consejo del Rey examinaran, como, segun Dios y razon aún humana, eran obligados; pero por su gran ignorancia, como queda dicho, y aún presumpcion de ser letrados, erraron mil veces en el derecho que no les era licito ignorarlo, y así tuvieron, de lo que tanto importaba, ningun cuidado. Iba con

soibai no CAPITULO LXIII. *Los indios de Urabá.*

Partese Anciso para Urabá y al entrar al puerto se hace pedazos la nao perdiéndose los bastimentos.—Del desgraciado éxito que tuvo la expedicion de Anciso contra los indios.—Por consejo de Vasco Nuñez determinan irse al Darien.—Resisten los indios pero son puestos en fuga por los españoles que ocupan el pueblo.—Otra version sobre este suceso.—Reflexiones sobre la conducta de los españoles.

Tornando al propósito de la historia, partióse Anciso de Cartagena para Urabá, llevando consigo el bergantín, con Francisco Pizarro, y los que de tantos infortunios se habían con él escapado; el cual, entrando en el puerto, por descuido del marinero que llevaba el timon ó gobernarío, dió la nao en cierta arena ó bajo, que está en la punta oriental de aquella entrada, la cual, con la resaca que son las olas que quiebran en la ribera, y con la corriente que allí hace, quasi en un momento fué hecha la nao pedazos; en el bergantín y en la barca con mucho peligro, se salvó la gente, quasi desuados todos, y con algunas armas, de los bastimentos salvaron una poca de harina, y algún bizcocho, y algunos quesos, las yeguas, y caballos y puercas, todos se ahogaron. Todos estos argumentos y claras señales de aprobar Dios las estaciones en que los ciegos pecadores andaban. Salidos de este modo á tierra comenzaron á hambrear, comian palmitos y frutos ciertos de las palmas, socorriólos Dios con topallos con muchas manadas de puercos monteses de la misma tierra, que son más pequeños que los nuestros; de cuyas carnes por algunos dias se mantuvieron; acabados los puercos monteses, y faltándoles lo suyo, era por fuerza que habían de ir á tomar lo ageno, y no es excusado ante Dios, quien se pone y expone á tal peligro. Acuerda luego Anciso ir con 100 hombres, á inquietar y robar y matar los que en sus casas, sin haberle injuriado, ni hecho otro daño alguno, pacíficos vivian, por tomarles violentamente su comida, pero no sin riesgo de su propia vida; lo que tocaba al alma, por entónces, poco escrupuló ni contidado había. Salidos ciertas leguas, toparon con 100, como ellos iban, ni 1.000 ni 2.000 armados con arcabuces, ni otra especie de artillería, sino con solos desnudos y tres indios; los cuales con tanto desnudo y esfuerzo acometieron á los 100 que llevaba

Anciso, como si fueran dos, y los indios 1.000; sueltan sus flechas llenas de ponzoñoso veneno, tan de presto, que ántes que los españoles tuviesen lugar de revolverse, tenían clavados muchos, y muchos rabian-do muertos, y gastadas ó vacias las aljabas de sus flechas, sin errar alguna, botaron á huir que parecian viento. Tórname Anciso con los que quedaron vivos, por muchas maneras atribulados é infelices, torna la opinion y las voces y consejos, que ántes habia, de salir é dejar aquella tierra, como á enemiga de sus vidas, y es de creer que Francisco Pizarro y los de su compañía zaheririan ó acusarian su porfia de venir á ella el bachiller Anciso; ayudaba la opinion que la dejasen, haber ya quemado los indios la fortaleza que Hojeda hizo, y treinta casas que los españoles allí tenían, y áun díjose que el mismo Anciso se quiso hurtar de su gente y venir á esta isla en los bergantines, aunque despues, segun dijeron, con juramento aquesta culpa satisfizo.

Estando todos en aquesta extrema tristeza, no sabiendo qué hacerse, oyendo cada uno á cada cual su sentencia, dijo Vasco Nuñez de Balboa: "Yo me acuerdo que los años pasados, viniendo por esta costa con Rodrigo de Bastidas, á descubrir, entramos en este golfo, y á la parte del Occidente, á la mano derecha, segun me parece, salimos en tierra, y vimos un pueblo de la otra banda, de un gran rio, y muy fresca y abundante tierra de comida, y la gente de ella no ponía hierba en sus flechas." Todos, sin dudar en cosa de lo que Vasco Nuñez dijo, concurrieron en un parecer, que luego se fuese á buscar el rio y el pueblo que Vasco Nuñez decia; este rio es el que los indios llamaban el Darien, que dicen que es otro Nilo en Egipto. Salta luego Anciso y Vasco Nuñez con los que más cupieron en los bergantines y en la barca del navío perdido, van allá, y hallan verdad, todo lo que Vasco Nuñez habia dicho; pero desde que los indios vieron, y el señor de ellos que se llamaba Cemaco, los bergantines españoles, como habian oído sus obras, enviados huyendo, de los varones juntáronse obra de 500, y esperaron á los españoles en un cerillo. Como Anciso y los suyos vieron á los indios así aparejados para pelear, temiendo más la ponzoña de la hierba que las personas (porque sin ella, para contra españoles, poco y nada pueden), hincáronse de rodillas y con mucha

devocion, segun la que les parecia que tenían, encomendáronse á Dios y hicieron voto á Nuestra Señora, como en Sevilla dicen, del Antigua, con cuya imágen toda la ciudad tiene gran devocion; de, si les diese vencimiento, la primera iglesia é pueblo que hiciesen por allí, intitulalla que se llamase Sancta María del Antigua, y más desto, que enviarian un romero á Sevilla para que le ofreciese, por todos, algunas joyas de oro y plata que con él enviarían. Hízoles obligar á todos, con juramento que les tomó, que ninguno huyese ni volviese las espaldas, á muerte ó á vida; hechas todas estas diligencias, armados de sus espadas, lanzas y rodellas, arremeten á los indios, y los indios, desnudos, á ellos, tirando sus flechas, como de niños, como les faltase hierba; ellos con las espadas, cortándolos por medio, y con las lanzas, en un credo alanceando cada uno 20, pusieron al cabo en huida los que quedaron vivos. Entraron en el pueblo, y halláronlo todo, como lo habian menester, lleno de comida; otro dia entraron por la tierra y los montes que por ella habia, y hallaron algunos barrios ó casas vacías de gente, por haber todas huido, pero llenas de vasos, y otras alhajas de casa para el cotidiano servicio, y de cosas hechas de algodón, como naguas para las mujeres, que son como medias fallidillas, donde hobieron mucho algodón hilado y con pelo, y lo que más ellos deseaban y andaban á buscar, con tantos peligros del ánima y del cuerpo, muchas piezas de oro, que se ponían en los pechos y en las orejas, y en otras partes, joyas de diversas hechuras, que hasta 10.000 castellanos de oro fino pesarian.

De diferente manera hallo en mis memoriales viejos, habida relacion de los que creo que se hallaron en esto, conviene á saber, que el cacique Cemaco, señor de aquella tierra, luego se aplacó y rescibió de paz los españoles, y les dió graciosos, de su voluntad, entendiendo lo que buscaban; 8 ó 10.000 pesos de oro, pero que le preguntaron donde se cogia de aquello, y respondió que les venia del cielo; forzándolo que dijese la verdad, dijo, que las piezas grandes las cogian de 25 leguas de allí, y lo menudito, de unos rios de por allí cerca. Dijéronle que fuese á mostrálos, respondió que le placia, pero que quería ir primero á llamar unos indios suyos, que fuesen con él; notificó á los indios, lo que los españoles pretendian, respondiéronle los indios que no lo descubriese, porque nunca saldrian de

aquella tierra, por lo cual el Cacique se fué á esconder á un pueblo ó tierra de un vasallo suyo. Fueron tras él, y prendiéronlo; preguntante que de dónde cogian aquel oro, respondió, como ántes, que le venia del cielo. Dárle grandes tormentos, por los cuales descubrió los minas; finalmente, soltóse despues, y recogió sus gentes y amigos, y viene contra los españoles, y entonces debian hacer sus oraciones y voto el bachiller Anciso. (1)

Con este gran triunfo muy alegres, Anciso envió por los otros compañeros que quedaron á la otra banda oriental de aquel golfo, por no caber en los bergantines, los cuales, como los vieron, y oídas las nuevas de la abundancia de la comida y fertilidad de las tierras, y más de ser de oro ricas, ¿quién podrá eacarecer el regocijo que hobieron, bañados de alegría? Con este favor de haber salido verdad lo que Vasco Nuñez dijo, y siendo él la guía sucedelles tan próspero, que mejor esperallo no podian, cobró Vasco Nuñez mucha reputacion entre todos aquellos españoles, y á tener amigos, y en sí mismo más estimacion de la que debía. No es razon de pasar de aquí sin alguna consideracion de cristiandad, y no insensiblemente como lo harian los gentiles, que ni áun los cuerdos dellos, por semejantes cosas, fácilmente, sin mirar en ellas, pasarian. ¿Que hobiese tan tupida ceguedad en aquellos, y mayormente en el bachiller Anciso, que parece que por sus leyes debiera más presto sentilla, que disponiendo de infestar, matar, y captivar, y robar á una gente apartada, en su tierra y casas segura sin les haber ofendido, no ménos que las otras inocentísimas, que ni los indios á españoles, ni españoles á los indios habian visto, hiciesen oracion á Dios, y hiciesen votos á la Virgen María del Antigua, porque les ayudasen y favoreciesen á perpetrar tan impías, tan crueles, tan violentas, tiránicas, y de Dios tan ignominiosas y afrentosas injusticias! ¿Qué otra cosa era lo que allí en aquellas oraciones y votos hacian, sino hacer ó tomar por compañero á Dios y su Madre Sancta María, de los robos, homicidios, y captiverios é infamias de la fé, y sangre que derramaban, y rapiñas que perpetraban, partícipes? Daban á Dios y á su Sancta Madre oficios, que

(1) Hasta aquí, desde "De diferente manera," es de letra de las Casas, y no pueden leerse las últimas palabras por haber sido cortadas al encuadernar el libro.

no son de otros propios, sino de los demonios y de sus ministros.

Los que en las obras del diablo andan ocupados, como estos andaban, matando, captivando, robando y escandalizando los inocentes que mal nunca les merecieron, é infamando la fé de Jesucristo, y, por consiguiendo, impidiendo que gentes no se convirtiesen, no tienen necesidad de ayuda de Dios, sino del diablo; y aquel, por las obras tales, con el diablo vive, y aun que busque y pida la ayuda de Dios, no la hallará, como el ladrón que vá á hurtar, que se encomienda á Dios que le ayude á que salga en salvo con el hurto, y el que entre en algun lugar para cometer fornicacion, porque no sabe la Justicia de Dios dar favor á los crimenes é injusticias. Todo esto es de Sant Crisóstomo, sobre San Mateo: *Qui in diaboli iniquitatibus ambulat diaboli adjutorium necessarium habet. Colonus diaboli auxilium si quaesierit non inveniet. Vidisti aliquando euntem ad furtum, Deum orare ut bene prosperetur in furto? Aut qui vadit ad fornicationem numquid signum crucis ponit sibi in fronte, ut non comprehendatur in crimine? Quod si fecerit non juvatur, quia nescit iustitia Dei patrocini-um dare criminibus.* Esto es de Sant Crisóstomo; véalo bien el cristiano lector, y determine si hobo lugar la sentencia de San Crisóstomo en Anciso y en su compañía. Considere tambien, si nombra la iglesia del título de Sancta María del Antigua, y enviar á la capilla de la Virgen, que está en Sevilla, las joyas que les prometieron por voto, si fué á Dios y á su Sancta Madre acepto sacrificio. No debiera de ignorar Anciso aquello que en el Eclesiástico está escripto, y áun en los "Decretos," si los profesó, lo pudiera haber visto: *Immolantes ex inieuo oblatio est maculata. Dona iniquorum non probat Altissimus, nec respicit in oblationibus iniquorum,* etc. Y que aunque Dios les permitió hacer los grandes pecados que allí cometieron, y quiso que saliesen con victoria, los tristes inocentes indios vencidos, no se debieran de tener por sanctos y devotos de Dios, estimando que por sus oraciones fueron oídos y favorecidos, porque Dios suele sacar de nuestras maldades los frutos para su gloria y honra que determina, porque, de otra manera, nunca los permitiría. El fruto que de aquellos insultos y obras infernales Dios sacaria, sería algun predestinado que allí tenia,

puesto que no fuese más de sólo uno; pero no por eso se sigue que apruebe las obras de los que, haciendo contra su ley é mandamientos, inexpiablemente le deservien.

Y cabe bien aquí lo que refieren las historias de aquel Alexandro Magno, que traía en el mundo el mismo oficio que los españoles han traído y traen por todas estas Indias, infestando, escandalizando, matando, robando, captivando, sujetando y usurpando los reinos ajenos y gentes que nada les debían. Este, siendo infiel idólatra, enemigo del linaje humano, infernalísimo, llegando á los montes Caspios, donde habían sido puestas y desterrados, llevados captivos, los diez tribus de Israel, por Teglaphalasar y Salmanazar, reyes de los Asirios, del cual captiverio se trata en el capítulo 15 y 17 del IV de los Reyes, los cuales no podían salir de allí por edicto público, que se les puso por los mismos Reyes ya dichos, enviáronle á suplicar, como lo vieron que señoreaba el mundo, les diese licencia para salir y volverse á su tierra, que era Jerusalem y la de promisión; y como Alexandre preguntase la causa de su destierro, fuéle respondido, que porque apostataron, dejando á su Dios de Israel por adorar los becerros de oro, que les constituyó por dioses Jeroboan, y les ofrecieron sacrificio, y que por los profetas les estaba profetizado que nunca habían de salir, por aquel pecado, de captiverio. Entónces respondió Alexandre, que dignos eran de ser, más de lo que estaban, encerrados, y que él quería más estrechamente los encerrar. Mandó luego á su ejército que, con tierra y cal y otros materiales, hiciesen otras sierras ó montes para cerrar los montes Caspios, que debían tener alguna abertura ó entrada, para donde los diez tribus desterrados estaban; pero como viese Alexandre ser obra que sobrepujaba las fuerzas humanas, hizo oración á Dios de Israel, que él, con su poder, aquella obra perfeccionase. Luego se juntaron las dos sierras ó montes, por manera que ya no se puede aquel lugar andar, ni entrar ni salir nadie. Señal manifiesta, que no es la voluntad de Dios que aquellos diez tribus, ni alguna persona dellos, de allí salgan; saldrán cerca de la fin del mundo, y harán en los hombres grandes estragos. Todo esto dice el Maestro de las Historias escolásticas sobre Esther, cap. 5º, y el Vicentio en el "Speculo historial," libro V, cap. 43, y otros historiadores. El Burgense, en las adiciones al Nicolao de Lira, expone á la

larga el cap. 18 de Esaiás de aquellos diez tribus, conforme á lo que queda dicho. También refiere Josepho, en el fin del libro II, de las "Antigüedades," que yendo Alexandre contra Dario, y no habiendo camino por donde pasase su ejército, se le abrió la mar que llaman Pamphílica ó mar Pamphílico, por voluntad de Dios, porque determinó de destruir por manos de Alexandre el reino de los Persas. Esto es de Josepho. Así que, aplicando todo ésto á nuestro propósito, pues oyó Dios la oración de Alexandre, infiel y turbador sangriento del linaje humano, y por ella quiso hacer aquel señalado milagro, para cumplir su divina voluntad en lo que tenía determinado, sin merecimiento ni provecho suyo, pues se fué á los infiernos al cabo, no debió de presumir Anciso, ni los que con él estaban, que, porque orasen y Dios les diese victoria, que pareciese, y lo fuese, milagro, que de allí se siguiese que aquellas obras, y las semejantes que hacían, Dios las aprobase, siendo tan injustas y por su ley tan reprobadas; y por tanto, si penitencia en el artículo de la muerte no les valió, yo temo que se han visto en trabajo, y plega á Dios que no sea peor que el de Alexandre, porque más que los infieles y en mayor grado de gravedad pecan los cristianos, en cualquiera género de pecado. Lo mismo deben temer de sí todos los que por estas Indias en tales estaciones andan.

#### CAPITULO LXIV.

\* Fundacion de Santa María del Antigua.—Intrigas de Vasco Nuñez por que se negase la obediencia á Anciso.—Prohibe Anciso el rescate del oro.—Indignanse todos y le quitan el mando, eligiendo en seguida Alcaldes y Regidores.—Divídense en tres partidos.—Llega Rodrigo de Colmenares despues de haber padecido gran tormenta, así como los ataques de los indios en el pueblo de Santa Marta.—De la alegría que con su llegada recibieron los del Darien.—Acuérdase ir á buscar á Nicuesa y rogarle que viniese á gobernarlos.

En cumplimiento, pues, de su voto, acordó Anciso y todos de asentar luego allí una villa que se llamase Sancta María del Antigua del Darien, que era nombre propio del pueblo de los indios, ó del rio gran-

de quepor allí pasa ó pasaba, porque ya todo está por allí, como en lo demás, asolado; y para prueba de su sanctidad, por quien Dios hacia milagros, comenzó luego á crecer la grande ambicion, entre aquellos nuevos pobladores, que tenían en sus pechos, y que con sus compañeras los había llevado allá, y, segun se dijo, el principio de todas las disensiones fué Vasco Nuñez de Balboa. Como ya tenía, como se dijo, entre los otros autoridad, trabajaba de secreto con los que sentía tener amistad, que quitasen la obediencia á Anciso, diciendo no tener ya jurisdiccion, pues habían salido de los límites de la gobernacion de Hojeda, cuyo era en ellos Alcalde mayor; y no decían mal, si verdad era que aquella tierra salía de los dichos términos, como creo ser verdad, si lo demás fuera agua limpia, que no pretendiera él mandar. Pero, cierto, mejor dijieran que ni Anciso con todos ellos, ni juntado con ellos Hojeda, tenía una punta de alfiler de jurisdiccion, pues estaban en reinos y tierras ajenas, donde había y señoreaban propios y naturales Reyes y señores, con justa é legítima y natural jurisdiccion, á la cual Hojeda y todos ellos eran subjectos, aunque les pesara, y eran obligados, so pena de incurrir en grandes pecados de inobediencia, de obedecer á los Caciques, señores y Reyes de aquellos reinos, y cumplir sus mandamientos, y vivir segun sus leyes mientras en la tierra estuvieran, en todo aquello que no fuera contrario á nuestra santa fé y cristiana religion. Y ésto verán los que quisieren leer nuestro libro, escripto en latin, cuyo título es: *De unico vocationis modo omnium ad veram religionem*, más claro que el sol.

Tornando al propósito, andando en estos secretos tractos unos con otros, mandó Anciso, presumiendo de Alcalde mayor, que ninguno fuese osado, so pena de muerte, rescatar con los indios oro alguno; Dios supo con que intento, al ménos todos creían ó murmuraban, que por haberlo él para sí todo. De ésto indignados todos, porque aquel daño tuvieron por comun, acuerdan de quitalle la obediencia y el mando, diciendo que no tenía poder ni jurisdiccion sobre ellos, por la causa dicha y otras razones que alegaron; Anciso privado é impedido del mando y gobierno, acuerdan entre todos elegir Alcaldes y Regidores, y cayó la suerte de Alcaldes, al Vasco Nuñez, y creo que á uno llamado fulano Zamudio, y por Regidor un Valdivia, y otros

de que no tuve noticia. No contentos con los Alcaldes y gobierno que habían elegido, ó descontentos de su manera de regir ó arrepentidos de haber dejado ó excluido al Anciso, no contentos ni asesegados sus corazones, como quien andaba fuera de la vida cristiana que debieran vivir, tornaron á tener contenciones sobre la gobernacion, alegando algunos que no convenia estar sin superior, uno sólo, que los gobernase, y así, algunas veces estaban para peligrosamente reñir. En estas sus porfias se dividieron todos en tres partes: la una decía que se restituyese á Anciso en su grado prístino, hasta que el Rey los proveyese de Gobernador, teniendo dello aviso; la otra, defendía otra opinion, diciendo que á Nicuesa se habían de subjectar, pues aquella tierra caía dentro de sus límites; la tercera, era de los amigos de Vasco Nuñez, que contendían que estaba bien así, ó que si había de ser único que aquel fuese nombrado y elegido; los cuales, con estas contiendas y opiniones, así divisos, llegó un Rodrigo de Colmenares, desta isla, que puso fin por algun tiempo á estas porfias. A este Colmenares, segun creo, dejó Nicuesa en esta isla para que fuese despues dél recogiendo los bastimentos, que dejaba haciendo en sus haciendas que en esta isla tenía, ó por ventura lo dejó para este fin en Castilla.

Este, partido de aquí con dos navíos de bastimentos y provisiones otras necearias, y 60 hombres que iban dedicados al mesmo oficio, llegó con sus navíos, despues de haber padecido gran tormenta en el camino, al puerto de Sancta Marta, obra de 50 ó 60 leguas del de Cartagena, el cual los indios llamaban Gayra, la y letra luenga. Quisieron allí tomar agua, y como los indios vieron los navíos, y habían entendido las obras que los españoles habían hecho á los de Cartagena, sus vecinos, acordaron de hacellos alguna burla, porque descuidándose no les acaesciese rescibilla. Saltaron en las barcas de los navíos, ó en la una dellas, de los españoles 50, y llegados al rio, dijeron que salió el señor de aquella tierra con 20 de sus allegados, vestido de cierta manera con manta de algodón, como quiera que todos los indios anden por allí desnudos, y llegando cerca díjoles por señas, que no tomasen de allí agua, porque no era buena, señalándoles abajo (ó arriba), otro rio, al cual yendo los españoles, con la resaca y braveza de la mar no pudieron llegar y tornáronse al de don-